

tituído un recreo doloroso en semejante indagación, y a ella me aplico con ansiosa paciencia, con testarudez rebosante de fiebre, que día tras día me llevan a la ventana, no obstante prometerme todos los días no volver a arriesgar mi razón.

XXVIII

Me encuentro en esa plenitud de desesperación que raya casi en reposo. No puedo sufrir más; la certidumbre de que nada ya aumentará mis lágrimas constituye un alivio. Mi corazón se ha destrozado a sí mismo en tal medida, que se ha contenido mi compasión. Hoy ya no me queda sino enjugar mis lágrimas.

Y, con todo, conozco que necesito del cielo para ser curado. Tengo el embrutecimiento del dolor y carezco de la tranquila alegría de la salud. Si mis heridas no pueden hacerse mayores, pueden permanecer abiertas, destilando gota a gota, con sordo padecer.

Hermanos, la mano que las ha cerrado es una mano terrible, la mano de la muerte y de la verdad.

Ayer, al acercarse la noche, la habitación de María se llenaba de obscuridad y de silencio. Una bujía, medio oculta tras un florero de la chimenea, iluminaba un ángulo del techo; las paredes

y el suelo se hallaban en la obscuridad; la blancura del lecho destacaba en medio de las transparentes tinieblas. María, más pálida, más quebrantada, había cerrado los ojos. Yo sabía que no pasaría de aquella noche. Paquerette dormía en su sillón, con las manos juntas y sonriendo en sueños a alguna golosina imaginaria; con la barba descansando en el corpiño, roncaba suavemente, y el ruido de su respiración se mezclaba al debilitado estertor de María. Sentía que me ahogaba entre aquella niña moribunda y aquella vieja harta de comida. Acerquéme a la ventana y la abrí. El tiempo era bonancible.

Me acodé en el listón de madera y miré al cuadro amarillo de en frente. Las manchas iban y venían con rapidez, borrándose para agrandarse más aún. Las sombras no se habían presentado nunca tan ligeras, tan irónicas; parecían complacerse en una danza burlona, en un libertinaje de inexplicables formas, que querían dar al traste con mi juicio. Era una mezcla inexplicable, un montón de cabezas, de cuellos, de hombros, que se barajaban como descuartizados, sacudidos a latigazos. Luego, de pronto, en el instante en que sonreía yo amargamente, sin tratar de comprender, reinó una quietud suprema en aquellas masas sombrías y ágiles; las manchas dieron el postrer salto, dibujáronse dos perfiles, enormes, enérgicos, destacándose con limpieza y vigor. Cualquiera habría dicho que, cansadas de atormentarme, aquellas sombras habían querido revelarse al fin; hallábanse allí, negras, poderosas, con verdad e insolencia soberanas. Conocí a Lorenza y a Santiago, desmesurados, desdeñosos. Ambos perfiles se aproximaron uno a otro con lentitud, yendo a unirse en un beso.

Yo no había abandonado mi sonrisa. Sentí en mi sér una especie de desquiciamiento seguido de

un repentino bienestar. Mi corazón, en un latido enorme, arrojó de sí todo el amor que lo ahogaba, y el amor huyó por mis venas, causándome una postrera quemadura. Experimenté esa sensación de angustia que siente el enfermo en manos del operador; sufrí para no sufrir ya más.

Las sombras por fin hablaban, me daban una certidumbre. Tenía la verdad escrita, allí, delante de mí, en la pared; sabía lo que trataba de adivinar hacía muchos días, y miraba fijamente aquel par de cabezas negras que se besaban en el cuadrado de luz amarilla.

Quedé admirado al padecer tan poco. Había creído que me moriría y no sentía sino una laxitud extrema, un entorpecimiento de todo mi sér. Por mucho rato permanecí de codos, mirando las dos sombras, que se agitaban como acariciándose, y pensé en la terrible aventura que se desenlazaba con el beso de dos oscuras manchas reflejadas en una pared iluminada.

La conversación que había tenido con Santiago se me representó entonces con indelebles caracteres en la memoria; en el vacío que se hacía en mi interior, oía alzarse, una a una, graves y lentas, las palabras del hombre práctico; y aquellas palabras, que yo creía escuchar por la primera vez, me admiraban por modo extraño, pronunciadas ante aquel beso que la sombra de Santiago daba a la sombra de Lorenza. ¿Quién engañaba a quién? ¿Tenía Paquerette razón? ¿hallábame en presencia de uno de esos inexplicables caprichos que impulsan a las personas a engañarse unas a otras? ¿O bien Santiago se sacrificaba por salvarme, yendo hasta conceder mentidas caricias? Sacrificio singular que podía herirme en el cuerpo, en el corazón, y curarme un mal por otro mal más terrible aún.

Poco a poco mis pensamientos se fueron turbando y no tuve ya la tranquilidad de los primeros instantes.

No comprendía aquel beso y acababa por temer que aquello fuera sólo una miserable farsa.

La lucha entre la duda y la certidumbre se trabó en mí durante un momento, más terrible, más abrumadora. No podía imaginar que Santiago amase a Lorenza; creía más a él que a Paquette. Luego pensaba que los besos tienen su embriaguez, y que Santiago iba a amar a aquella mujer, si ya no la amaba, con sólo apoyar sus labios en los labios de ella.

Así fué que nuevamente empecé a sufrir. Mis celos despertaron y la angustia volvió a oprimirme la garganta.

Habría debido retirarme de aquella ventana, no quedarme absorto viendo aquellas dos sombras. Lo que había sufrido en breves minutos es indecible; parecíame que me arrancaban las entrañas, y no podía llorar.

La verdad resultaba clara, inexorable: poco importaba que Santiago amase o dejase de amar a Lorenza; Lorenza se colgaba a su cuello, se entregaba a él, y, en adelante, quedaba muerta para mí. Esta era la única realidad, el desenlace deseado y temido a la vez:

En la sorda tempestad que agitaba mi sér, sentí que todo se venía abajo en mi interior, comprendí que me quedaba sin fe, sin amor, y fuí a arrodillarme, sollozando, ante el lecho de María.

María se había despertado y vió mis lágrimas. Hizo un esfuerzo sobrehumano, y, con estremecimientos de fiebre, se incorporó. Vila inclinarse, apoyando la cabeza sobre mi hombro, y sentí que su enflaquecido y ardiente brazo me rodeaba el cuello. Sus ojos, luminosos en la obscuridad, lle-

nos de las claridades de la muerte, me interrogaban con espanto y compasión.

Yo habría querido orar. Sentía necesidad de juntar las manos, de implorar a una divinidad dulce y misericordiosa. Víme débil y desamparado; en mi terror de niño, quería entregarme a un Dios misericordioso que tuviese piedad de mí. En tanto que Santiago me arrancaba a Lorenza, y que ambos, allá abajo se unían estrechamente en un beso, abrigaba yo el inmenso anhelo de hacer actos de fe y de amor, de protestar de rodillas, de amar en otra parte, en la luz, en lo absoluto. Pero mis labios ignoraban la oración, y tendía los brazos con desesperación en el vacío, hacia el mudo cielo.

Encontré la mano de María y la oprimí suavemente. Sus agrandados ojos seguían interrogándome.

—¡Oh! roguemos, hija mía—le dije,—roguemos juntos.

Pareció como que no me entendía.

—¿Qué tienes?—murmuró con voz apagada y cariñosa.

Y su mano débil procuraba enjugarme las lágrimas. Miréla entonces, y mi herido corazón se deshizo en llanto. Se moría; hallábase ya fuera de la vida, más blanca, más grande; sus ojos, que se velaban, se henchían de tierno y sereno éxtasis; su sosegado rostro dormía, sus adelgazados labios carecían ya de estertor. Vi que iba a morir en mis brazos, en aquella hora solemne en que mis amores morían también; y aquella muerte de una niña, unida a la de mi amor, llevó a mi alma una compasión tan intensa, que tendí de nuevo las manos al vacío con ansiedad más ardiente, en busca de alguien.

Levantéme, y, con voz baja, desgarrado:

—Recemos, hija mía—repetí,—recemos juntos. María sonrió.

—¡Rezar, Claudio!—me dijo,—¿por qué quieres que rece?

—Para consolarnos, María, para que nos perdonen.

—No tengo perdón que pedir, no tengo tristezas que endulzar. Mira, ya ves que sonrío, soy feliz; de nada me acusa el corazón.

Se mantuvo silenciosa, apartando los cabellos de la frente; después prosiguió con acento más débil:

—No sé rezar, porque no he tenido nunca que pedir perdón. La mujer que me crió me aseguraba que solamente los malos eran los que iban a las iglesias para que les absolvieran de sus pecados. Yo no soy más que una pobre muchacha que no ha hecho ningún mal, por lo que nunca he necesitado a Dios. Cuantas veces he llorado, mis lágrimas han corrido en abundancia por mis mejillas y el viento las ha secado.

—¿Quieres, Claudio, que rece por ti?—agregó tras nuevo silencio,—tú me juntarás las manos y harás que repita las palabras que enseñan a los niños en los pueblos. Pediré a Dios que no te haga llorar más.

Yo, estremecido, lacerado, rezaba por María, rezaba por mí. En el fondo de mi ser, encontraba palabras de pena, de adoración, y decíalas una por una, sin mover los labios. Suplicaba al cielo que fuese misericordioso, que nos facilitase la muerte, que durmiese a aquella niña en su éxtasis, en su ignorancia. Y, en tanto que yo rezaba, María, sin ver que yo buscaba un Dios, me apretaba el cuello con más fuerza y se inclinaba sobre mi rostro.

—Oye, Claudio—me decía,—mañana me levantaré, me pondré un vestido blanco y nos ire-

mos de esta casa. Buscarás un cuartito donde nos encerraremos solos. Santiago no me quiere, de sobra que lo veo, porque soy demasiado débil, demasiado inocente. Tú tienes buen corazón, y viviré contigo como he vivido con Santiago, más dulce, más alegre. Me siento un tanto cansada y necesito un buen hermano. ¿Quieres?

Estas palabras resultaban horribles en boca de la moribunda, pronunciadas con tan amortiguada ternura. Conservaba su ingenua impudicia hasta la muerte, ofreciéndose en su último lecho como hermana y como amante de diez años. Yo sostenía su pobre cuerpo como sagrada carne y escuchaba su tenue y ardiente acento con santa compasión.

No pudiendo rezar más, pensaba. ¿Qué es, pues, el mal? ¿No me hallaba frente a un bien absoluto? Con seguridad que Dios ha hecho una obra enteramente buena, por completo perfecta. El mal es una de nuestras invenciones, una de las llagas con que nos hemos cubierto. Aquella pobre criatura, que se moría, no se había inquietado en toda su vida por los besos que había dado a sus amantes, más de lo que una niña puede inquietarse por las caricias hechas a su muñeca. Y Lorenza, aquella Lorenza tétrica y desolada, delataba tal descaecimiento, que su impudicia no era ya más que la aceptación tácita de un acto puramente material. ¿Dónde hallar el mal en todo esto, y quién habría osado castigar a Lorenza y a María, una en su ignorancia, otra en su embrutecimiento? El corazón había vuelto a dormirse o no se había despertado aún. No podía ser cómplice de la carne, que también permanecía inocente, en su calma. Si me hubiese visto en el trance de condenar a aquellas dos mujeres, más lágrimas habría tenido que se-

veridad; para ambas habría deseado la muerte, la paz suprema.

Deben de dormir un profundísimo sueño en sus tumbas esas pobres criaturas, que han vivido de bullicio, de alegría febril. Tal vez, al fin y al cabo, sus corazones aman en la muerte, sufriendo espantosamente ante la idea de una vida pasada amando sin amar; querrían latir ahora y se encuentran clavados en sus ataúdes.

Ibase María, pura y virgen, asombrada, estremeada, comprendiendo quizás que se moría antes de haber conocido la existencia. Yo habría querido que se llevase con ella a Lorenza, que nada tenía que aprender, por haber puesto en práctica todas las voluptuosidades. Ambas habrían bajado a lo desconocido con el mismo paso, igualmente mancilladas, igualmente inocentes, hijas de Dios asesinadas por los hombres.

Sostuve la frente de la pobre niña, inclinada por la agonía.

—¿Dónde está Santiago?—me preguntó.

—Santiago — contesté,—en su habitación con Lorenza. Se están besando. Nosotros quedamos solos.

—¡Solos! ¿Lorenza no vive ya contigo, Claudio?

—No. Me ha dejado por Santiago. Nos quedamos solos.

María restregó suavemente sus manos, una contra otra.

—¡Oh! ¡qué cosa tan buena! ¡qué cosa tan buena es encontrarse solos!—murmuró;—vamos a poder vivir juntos. Han hecho muy bien en arreglar las cosas de este modo. Habrá que darles las gracias. Sean felices, que nosotros lo seremos también.

Luego se expresó en tono de confianza, en voz baja y alegre.

—No sabes—me decía;—yo no quería a Lorenza. Era mala aquella mujer; te hacía derramar lágrimas que yo habría querido enjugar. Por la noche, cuando sabía que estabas a su lado, no podía dormir; me apartaba de Santiago, y habría querido subir a tu habitación para velar por ti, a fin de que no te hiciese mal. Tú no me dejarás ya, ¿no es verdad, Claudio? Anda, yo seré para ti una buena mujercita, que se empequeñecerá todo lo que pueda.

María guardó un corto silencio, sonriendo ante sus propias ideas. Iba postrándose cada vez más y se quedaba inerte; yo le sostenía el cuerpo y sentía que la vida se le escapaba en cada una de las palabras que pronunciaba. Quedábanle aún algunos minutos que vivir. Su sonrisa desapareció y experimentó un movimiento de espanto.

—Me engañas, Claudio — repuso bruscamente. —Santiago no besa a Lorenza. Lo que tú quieres es contentarme. ¿Dónde les ves besarse?

—Allí, allí en frente—contesté,—en la pared. María juntó las manos.

—Quiero verlo—dijo, estrechándose contra mí. Su voz estaba sorda y suplicante; humilde y dulce, me acariciaba.

Toméla en brazos y la levanté. Mostrábase ligera, palpitante; se abandonaba. Yo la llevaba con precaución, sintiéndola apenas, por temor de destrozarla. Tocaban mis manos con santo respeto a aquella criatura medio desnuda, desmelenada, que se me apoyaba en el cuello y que pertenecía ya a la muerte.

Cuando, con los brazos extendidos, la acerqué a la ventana, María, con la cabeza echada atrás,

miró al cielo. La noche avanzaba, el azulado espacio estaba sembrado de estrellas; el ambiente tranquilo tenía estremecimientos templados y lentos. Los ojos de la moribunda miraban las estrellas, y sus labios aspiraban el aire tibio. Su rostro, hasta entonces resignado, experimentó una contracción dolorosa, como una rebeldía de la carne moribunda en presencia de los hálitos de la vida. Absorbíase en su contemplación, extendía sus miradas a los sombríos espacios, y parecía soñar el último de sus sueños.

Oí un murmullo y me incliné. Ella repetía:

—No lo veo, no se besan.

Y agitaba suavemente en el vacío sus pobres manos, como para apartar el velo que se extendía ante sus ojos.

Entonces levanté la cabeza. Las sombras, en el cuadrado de claridad amarilla, continuaban besándose. Aparecían más negras, más enérgicas, y su limpieza las hacía más espantosas. María las distinguió.

Una suprema sonrisa apareció en sus labios. Con alegría infantil, con voz de juventud, se me acercó al oído y me acarició con la mano.

—¡Oh! los veo, los veo—dijo.—Se besan. Tienen cabezas enormes y muy negras. Tengo miedo. Diles que estamos juntos y que no vengan más a atormentarnos. Una noche se besaron así; pero nosotros también nos besamos, y desde aquel instante no he vuelto a querer a Lorenza. ¿Te acuerdas? Acércate para darte un beso: será el segundo, el de nuestros desposorios.

María llevó balbuceando su boca a la mía. Sentí pasar por entre mis labios un hálito acompañado de un ligero grito. El cuerpo que sostenía en mis brazos experimentó una convulsión, y después cayó abatido.

Contemplé los ojos de María, que estaban muy abiertos; mas en vano busqué la claridad azul que allí ardía en la noche aquella de que acababa de hablar.

Estaba muerta, muerta en mis brazos.

Llevé el cadáver al lecho y cubrí castamente aquel cuerpo medio desnudo que hasta entonces había ocultado en mi pecho. Sentéme al borde de la cama y apoyé la cabeza de la niña sobre uno de mis brazos, teniéndole cogidas las manos y mirando su rostro que parecía vivir y sonreír aún. Parecía engrandecida en la muerte, más serena, más pura.

Corríanme por las mejillas gruesas lágrimas, yendo a caer sobre los cabellos de la difunta, que me cubrían las rodillas.

No sé el tiempo que permanecí de aquel modo en medio del silencio y de la obscuridad. Bruscaamente Paquerette se despertó y vió el cadáver. Se levantó estremeciéndose y corrió en busca de la bujía, que estaba detrás del jarro, en la chimenea; después, cuando hubo paseado la llama por el rostro de María, y cuando se dió cuenta de que todo había terminado, se mostró ruidosamente desesperada. Aquella vieja retrocedía espantada ante la muerte que sentía a su lado, y lloraba de dolor al pensar que ella también tendría pronto que morir. No había creído nunca en la enfermedad de aquella niña, que le parecía demasiado joven para irse tan de prisa; ante el rápido y terrible desenlace temblaba de espanto. Sus gritos debían de oírse en la calle.

Ruido de pasos llegó de la escalera. Algún vecino subía, atraído por las exclamaciones de Paquerette.

Abrióse la puerta; Lorenza y Santiago aparecieron bajo el dintel...

¡Oh, hermanos! no puedo continuar hoy el espantoso relato. La mano me tiembla y los ojos se me llenan de obscuridad. Mañana lo sabréis todo.

XXIX

Lorenza y Santiago aparecieron en el umbral de la puerta, medio vestidos, horrorizados.

Santiago, al ver el cadáver de María, cruzó las manos lleno de terror y de admiración. No esperaba una muerte tan inmediata. Fué a arrodillarse al pie del lecho y ocultó la cabeza en la sábana, que caía hasta el suelo. Una congoja terrible parecía anonadarle. No volvió a moverse, y yo no sabía si lloraba o no.

Lorenza, pálida, secos los ojos, se mantuvo en el umbral, sin osar acercarse. Se estremecía y volvía a otro lado las miradas.

—¡Muerta, muerta!—repitió en voz baja.

Y adelantó dos o tres pasos como para ver mejor. Hallábase en medio de la estancia, sola, en pie.

Yo continuaba estrechando al cadáver en mis brazos; cubríame con él, y me protegía contra Lorenza, que se acercaba.

—No se acerque usted—exclamé con dureza;